

gaba por todos sus individuos y no cesaba de recomendarles la paz y la unión; además, llena de amabilidad encantadora para todos y mostrándoles un rostro alegre, poseía el secreto de hacer simpática la virtud, y, si tenía que responder, lo hacía sonriendo: "¿Quién querrá besaros, santa señora —le decía una de sus monjas—, si continuáis besando así a las leprosas? —¡Ay, Dios mío —contestó ella alegremente—, si me rehusas tus besos, tendré que pasarme sin ellos" ¹.

Tales eran las primicias de la Iglesia entre los germanos; tenía, pues, ésta derecho a esperar mucho de una sociedad que, desde las primeras generaciones, la recompensaba con frutos tan hermosos. Y no se crea que los santos germanos fueron los únicos de su raza que sintieron la acción regeneradora del cristianismo, pues tal acción fué bastante profunda y poderosa para penetrar toda la nación; bajó hasta el fondo de las almas más endurecidas e hizo conquistas por todas partes; hubo conversiones ruidosas que transformaban en humildes y mansos anacoretas a caracteres violentos y desenfrenados; hubo ladrones que se convirtieron en santos, y almas borrascosas y manchadas que, asaltadas por la gracia en medio del fango de las pasiones, reconquistaban repentinamente la blancura de la inocencia.

No se podía reconocer al bárbaro en aquel solitario recogido y pacífico que venía a ocupar el lugar del hombre viejo. Hay pruebas muy notables de esta maravillosa influencia del espíritu nuevo. Cuando el monje Sigeberto, que había sido rey de Essex, salió del convento, a ruegos de su pueblo, para defenderle contra la invasión, marchó al combate con una varita en la mano, y se dejó matar a la cabeza de sus guerreros sin haber querido derramar sangre: ¡noble manera de cumplir sus deberes de soberano sin violar los de cenobita! ² Los monasterios eran crisoles en donde las almas más hermosas de la raza germánica, despojadas de toda aleación impura, salían resplandecientes y transfiguradas.

La Iglesia católica no estaba ya reducida en los pueblos bárbaros a tener que contentarse sólo con su jerarquía, pues los jefes que marchaban a su cabeza eran seguidos por ejércitos cuyos soldados eran los monjes. En efecto, formaban éstos parte del mundo seglar, ya que no se encontraban comprendidos entre el clero, y durante largo tiempo quedaron alejados de las órdenes sagradas, limitándose a tener entre ellos a un sacerdote para las necesidades espirituales de la comunidad. De ordinario, era éste el abad, aun cuando el mis-

¹ FORTUN., *Vita S. Radegund.*, II, 15. ² BEDA, *Hist. eccl. Angl.*, II, 18.

mo San Benito, padre de la vida monástica en Occidente, nunca se elevó más arriba de las funciones de diácono. Pero aunque los monjes, por escrúpulos de conciencia, huían de las dignidades eclesiásticas y se sustraían a la terrible responsabilidad del sacerdocio, la Iglesia continuaba escogiendo con preferencia a sus pastores de entre ellos; sus escuelas, en las que se daba una educación mejor que la de la sociedad profana, eran los verdaderos seminarios de la época, pues daban al clero, con el contingente de sus milicias sagradas, el espíritu y la disciplina del claustro, y representaban así la fecunda reacción que aquella selección de fieles ejercía a su vez sobre el mundo eclesiástico.

La Iglesia, agradecida, daba a los monjes prueba de su confianza y de su simpatía, multiplicando sus privilegios religiosos; dejó a los monasterios cierta autonomía que les permitió gobernarse y administrarse ellos mismos con toda libertad; el obispo no tenía allí autoridad que ejercer y no traspasaba su umbral más que para ejercer las funciones propias de su ministerio pastoral ¹. La inmunidad religiosa del monasterio frente al obispo se parecía a la inmunidad territorial del obispo frente al rey; en ambos casos el dominio exento estaba cerrado a toda ingerencia de la autoridad superior. Además, el monasterio podía, lo mismo que el obispo, obtener aquella inmunidad del orden civil que el poder público prodigaba más cada día, y desde entonces constituía, repitiendo la feliz expresión de un escritor moderno, un verdadero consejo enclaustrado.

A estos depósitos de virtudes cristianas es a donde acudía la Iglesia continuamente a vigorizar sus fuerzas por la larga duración de la lucha; cuando las filas compactas del episcopado empiezan a ceder al empuje del asalto, salen enjambres de auxiliares de las ciudadelas monásticas para acudir en socorro suyo; en los momentos críticos en que todo parece perdido para ella, atrincherada tras los elevados muros del claustro, batidos en vano por las oleadas de la barbarie, espera el día en que ha de salir de allí para marchar, animosa y armada, a la conquista definitiva de la sociedad.

Nada tan risueño como un monasterio de la época merovingia; antes de verlo, ya se adivinaba por las señales de juventud y de vida que revestía a su alrededor la naturaleza; habían desaparecido los terrenos pantanosos y las hondonadas; el bosque, y con él sus huéspedes feroces, habían retrocedido hasta el horizonte; la atmósfera tenía algo de más puro y más sano, y la propia vegetación parecía más rica y más nutrida; por todas partes se dejaba conocer el paso

¹ *Formul. MARCULF.*, I, 1 (Zeumer).

del trabajo civilizador. El edificio conventual y su iglesia surgían en medio de estos hermosos campos con el aspecto risueño y recogido a la vez de una mansión en que habitaban juntas la hospitalidad y la oración. Un patio interior, del que tomaba luces toda la casa, concentraba en torno a su silencio solemne los diversos locales en que transcurría el laborioso día de los solitarios. Dependencias numerosas proveían a todas las necesidades de la vida, porque el monasterio era, como lo quería su regla, un todo que se bastaba a sí mismo.

Una granja, un taller y una escuela eran los anejos indispensables de aquellas grandes colonias rurales: la granja conservaba precisamente la tradición de los mejores procedimientos técnicos; es más, con el aguijón de la necesidad, y gracias al estimulante de la vida en común, se introducían ingeniosos perfeccionamientos en todas las ramas del trabajo. Los campos se fecundaban día tras día bajo los incesantes sudores del monje; hermosas praderas conquistadas a los pantanos o a los arenales, permitían multiplicar el ganado; sabrosos frutos maduraban en los huertos, cuidados cariñosamente por jardineros que tenían pasión por su arte; la vid crecía alrededor de todos los monasterios en latitudes en que desde hace largo tiempo no se la encuentra ya; las abejas, estas amigas animosas del trabajador inteligente, zumbaban en torno a numerosas colmenas que proporcionaban cera en abundancia para el culto; viveros poblados con multitud de peces extendían su tranquila superficie de agua en medio de los valles, y las ruedas de los molinos giraban ruidosamente en los arroyos. En una palabra: a un desierto estéril había sucedido una soledad fecunda.

Al entrar en el claustro, quedaba el visitante sorprendido del arreglo, sencillo y acertado a la vez, de todo lo que servía para la vida en común; encontraba, entre los habitantes de aquella ciudad pacífica, hombres que conocían las artes y los oficios y que los empleaban en el embellecimiento de su retiro; le embargaba la belleza severa del santuario, en el que la voz divina hablaba a su corazón con una fuerza y una dulzura que no encontraba en ninguna otra parte; gozaba con el aspecto agradable de la hostería, en donde el extranjero era acogido con caridad tan cordial y tan obsequiosa; penetraba con recogimiento en la biblioteca, en la que las obras maestras de la antigüedad profana, colocadas al lado de las grandes obras inspiradas en la sabiduría cristiana, reposaban bajo la protección de las bóvedas monásticas, esperando a que el mundo recobrase la inteligencia y el gusto de los acentos armoniosos. Todo, en una pa-

labra, convertía al monasterio en un oasis de la civilización; se vivía allí en paz y en prosperidad, mientras que por fuera se degollaban las gentes en luchas despiadadas.

Era imposible que todos estos hogares de vida cristiana tan cálida y luminosa brillasen sólo para los miembros de sus comunidades: también iluminaban y vigorizaban a la población del exterior. Los primeros a quienes aprovechaban eran los numerosos siervos establecidos desde muy antiguo en las tierras donadas a los monjes; eran éstos mucho menos exigentes que los seglares, con lo que aquellas pobres gentes gozaban de que se respetase en ellos la dignidad de la naturaleza humana y la majestad del nombre cristiano. Sin darles una libertad, de la que no hubieran sabido qué hacer en una época en que tantos hombres libres aspiraban a la seguridad relativa que daba la esclavitud, los monjes suavizaban de tal manera el rigor de la servidumbre, que dejaba de ser una cadena para aquéllos, quienes no tenían más obligaciones que entregar cierta cantidad de trabajo y de tributos, gozando en paz de sus hogares y familias y sintiéndose felices, como se decía posteriormente, de *vivir bajo el báculo*.

Por eso, se multiplica rápidamente la población seglar alrededor de los monasterios; atraían éstos a numerosos desgraciados de todas clases que acudían a hacerse siervos voluntarios del santo patrono de la abadía. Por otra parte, los esclavos manumitidos por sus señores eran puestos, de ordinario, bajo la protección de establecimientos religiosos, cuyo número de clientes venían a aumentar, y era tal la dulzura de la servidumbre monástica, que entre la condición de estos manumitidos y la de los siervos apenas había diferencias apreciables. Su dependencia era preferible de todo punto a la emancipación total, pues tenía todos los goces sin ninguno de sus peligros, y se llevaba sin dolor el nombre de siervo desde el momento en que valía tanto como el título de libertad.

Es fácil imaginarse la fuerza de atracción de los centros monásticos sobre las poblaciones dispersas de los alrededores. Mil razones habían de atraer a los habitantes del campo hacia aquellas florecientes colonias religiosas; además del interés de su seguridad, encontraban allí numerosos recursos de la vida civilizada: el conocimiento de las artes, los secretos de la medicina y las llamadas de la caridad; hallaban también allí la satisfacción de todas sus necesidades religiosas, pues la Iglesia del monasterio era muy a menudo la única que existía en las cercanías. Como índice de ello, en la mayoría de las lenguas de la Europa central la palabra *monasterio* ha quedado como equivalente de *iglesia parroquial* (*moustier, muenster, mins-*

ter). A la larga se fueron formando así muchas aglomeraciones alrededor de los santuarios monásticos; las Iglesias se convertían en cunas de ciudades, y en aquellas comunidades agrupadas en torno al convento está latente el germen de los municipios.

El espíritu público se dió cuenta muy pronto de la elevada significación de los establecimientos religiosos; por eso gozaban de una popularidad inmensa. A partir de Clodoveo, los reyes y los grandes rivalizaron en generosidad para con los monjes; ayudar a la construcción de un monasterio parecía el acto más meritorio; el que le hacía donación de una tierra creía salvar su alma: limosna fácil y poco meritoria a menudo, porque aquella tierra era muchas veces inculta y estéril, y era buen negocio para cualquier propietario el compartir su dominio con los monjes, pues la mitad que le quedaba se aprovechaba de la vida y fecundidad que daban éstos a la otra mitad. En general, era obra civilizadora el ofrecer terreno a una abadía: era asegurar su roturación, arrancarlo de la barbarie para someterlo al cultivo. Por esto una parte considerable del suelo de Europa pasó muy pronto a poder de las comunidades religiosas. En el siglo VIII ciertos establecimientos religiosos contaban por millares las hectáreas de tierra laborable que poseían, y hay algunos que, agobiados por la extensión de los predios que se les han dado para su explotación, se dirigen al soberano para pedirle que se los reduzca ¹.

La religión fué la que más ganó con la popularidad de los claustros. No podía ser de otro modo; en todo lo que el monasterio hacía había algo de aquel espíritu cristiano que transformaría al mundo; en todo lo que daba dejaba como un aroma saludable. El bárbaro tomaba el beneficio material, y recibía, sin darse cuenta de ello, la gracia espiritual; poco a poco iba penetrando ésta en aquella dura cabeza, de donde arrojaba los últimos vestigios del mundo pagano, y bajaba a aquel rudo corazón, en donde reñía combate mortal con pasiones indomables. A los monjes se debe muy principalmente la civilización de las gentes de los campos; merced a su predicación y a sus ejemplos, las virtudes más extrañas a los bárbaros: la humildad, la castidad, la caridad, el amor al trabajo, el gusto por el estudio, se infiltraron poco a poco en las masas y empezaron a ser virtudes de los seglares. La civilización toda entera, saliendo de los claustros, que eran su refugio, descendía a los hombres y los iba conquistando sucesivamente. Parecía como si el monje la llevara consigo entre los

¹ Diploma de Childerico II para Stavelot, año 670. (HALKIN y ROLAND, tomo I, pág. 18.)

pliegues de su sayal. ¡Qué luminoso surco deja en la imaginación de los hombres el paso de aquellos sublimes ascetas que se llaman Columbano y Romarico, cuando, abandonando sus desiertos, reaparecen entre sus semejantes, como San Antonio de Alejandría, para defender la justicia y confundir a la iniquidad! ¹ Semejantes escenas, que se reproducen más de una vez, permiten adivinar lo que debía ser la acción cotidiana del espíritu monástico.

Si intentamos abarcar ahora con una sola ojeada el cuadro completo de la sociedad de entonces, vemos a la Iglesia atacando al mundo bárbaro por la copa y por las raíces a la vez y abarcándolo por entero para penetrarlo en todo sentido. No quiere éste rendirse, se resiste, lucha violentamente, devuelve golpe por golpe y herida por herida, y tal lucha encarnizada es la que da fisonomía propia a esta época tempestuosa. Como en la sociedad cristiana del siglo IV, dos principios opuestos se disputan la dirección del género humano, y al lado de figuras magníficas de la vida cristiana aparecen los tipos más monstruosos de la barbarie. Vemos a la vez reinas como Fredegunda y religiosas como Radegunda, reyes como Chilperico y obispos como Gregorio de Tours, grandes como Rauchingo y monjes como San Arnulfo. En los anales de la civilización moderna, el siglo VII se presenta con este doble carácter que explica su aspecto complejo y contradictorio; es, si se quiere, el más bárbaro de todos, pero es también el siglo de los santos; parece que el esfuerzo civilizador fuera en cierta manera proporcionado a la resistencia de la barbarie.

Sin embargo, la confusión manifiesta y el desorden horroroso que notamos en la superficie de la sociedad, no deben ocultar la verdadera significación de lo que pasa en su seno: aquí el principio cristiano se ha instalado tranquilo y solitario, sin tener frente a él más que las violencias pasajeras y las explosiones groseras de un temperamento inculto. Entre la Iglesia que sabe lo que quiere, que llega a hacerlo comprender a sus fieles y que emplea los medios más adecuados a su fin, y la barbarie vieja, que resiste sin recursos a una autoridad que ella misma reconoce, la lucha no podía prolongarse en dudas mucho tiempo. De una parte luchaba un principio eterno; de la otra, una pasión momentánea; ésta no da más que un rugido, y se calla en cuanto se ha saciado; aquélla no cesa de levantar la voz, y tanto hablar acaba por hacerse oír de la conciencia humana en la hora en que acaba la pasión. Esta hora decisiva sue-

¹ JONAS, *Vita S. Columban.*, c. 32; *Vita S. Romaric.*, c. 11.

na en la vida de todo individuo y consume la victoria de la civilización. La última palabra pertenece siempre a la Iglesia; tarde o temprano, el bárbaro más rebelde viene a caer de rodillas, mientras que ella, serena e inmóvil, no cede ni se doblega jamás.

Este gran hecho interior es invisible a los ojos porque es de orden inmaterial, pero su alcance es inmenso; en cuanto uno se da cuenta de él, ya no se dejará llevar por el aspecto sombrío y tempestuoso que presenta la época. Tras las escenas de desolación de que está llena, se ve que en la sombra se realiza un trabajo fecundo, aun cuando inadvertido; es verdad que hay muchas ruinas, pero aún son más los edificios que nacen. El Imperio ha desaparecido, y con él la unidad política del mundo; pero surge el Pontificado y establece una unidad más duradera y más grandiosa en la sociedad de las almas. Ya no existen la riqueza y la opulencia de la civilización antigua; pero la fe cristiana hace reaparecer el trabajo, que es la fuente de todas las riquezas. Las termas caen en ruinas, y la hierba crece en los bancos de los anfiteatros: pero se levantan hospicios y xenodoquios, y se cuida a los desgraciados con el dinero que se empleaba en hacerles perecer. Se cierran las escuelas de los retóricos y se olvidan las risueñas ficciones de la poesía pagana; pero se abren las escuelas de los monasterios y de las catedrales, y los discípulos que de ellas salen hacen algo mejor que alabar la virtud: han aprendido a practicarla. Ha desaparecido el esplendor de la vida municipal; pero el encanto suave y penetrante de la vida monástica atrae a millares de almas, y los claustros serán, como en otro tiempo las ciudades, los asilos de la libertad humana. En una palabra, a cada desastre de la civilización material del mundo antiguo corresponde ahora un progreso de la civilización moral, la que bastará para rehacer aquélla algún día.

En medio de tal crisis, ¿qué había sido de los tesoros intelectuales de la Antigüedad? Despreciados por aquellos bárbaros ignorantes y groseros, corrían riesgo de desaparecer; pero la Iglesia les abrió sus claustros, donde encontraron asilo seguro mientras duró el diluvio. No sólo salvó así a las letras, recogiendo sus monumentos más preciosos y haciéndolos servir para la enseñanza que organizó sobre la base del *trivium* y el *cuadrivium* clásicos, sino que también las artes le debieron su conservación. Construía demasiados santuarios y los adornaba con demasiado esmero para no hacer llamamientos incansantes a los recursos de la arquitectura y de la pintura. Sin duda, sus edificios no tienen ya la solidez ni la elegancia de los tiempos anteriores, y sus mosaicos hacen sonreír por la imperfección de sus

contornos y por la falta de soltura que se nota en su ejecución; pero conmueven por su propia sencillez, ya que se ven en ellos los nobles ensayos de una infancia llena de porvenir y no los juegos pueriles de la decrepitud.

Además, en el momento en que todo perecía, lo más importante era salvar la noción del trabajo individual y conservar por lo menos el gusto de él: lo demás era cuestión de tiempo y de circunstancias propicias. No nos asustemos, pues, demasiado de ver al arte caer en esta época al nivel de un oficio, a la ciencia reducirse a nomenclatura estéril, a la producción literaria paralizarse y a la cultura intelectual desaparecer casi por completo de los centros profanos. Esto no es más que un fenómeno momentáneo, pues en realidad el fuego sagrado continuaba bajo las cenizas, y, gracias al celo de la Iglesia, no hubo ninguna generación en que los conocimientos humanos quedasen enteramente olvidados. Si en un sitio eran descuidados, en otro se los cultivaba, y hasta en las horas más sombrías se encontró algún foco luminoso en donde se conservaban para un porvenir mejor.

Desde el siglo VI al VIII se ve respectivamente a Irlanda, España, Italia e Inglaterra transmitirse sucesivamente la antorcha de la civilización, mientras el imperio franco va bajando incesantemente la pendiente de la ignorancia más profunda. Pero, por estar colocado en el centro de las nacionalidades modernas, verá un día converger hacia él sus múltiples rayos, y, reuniéndolos en un solo haz, los hará brillar con resplandor deslumbrador sobre toda la Europa occidental. Se continuaba así la tradición literaria, y una cadena ininterrumpida de espíritus distinguidos se encargaba de transmitir el saber antiguo a las generaciones modernas. Bastará que señalemos aquí tres nombres muy dignos de respeto, con los que tres pueblos y tres épocas parecen turnarse sucesivamente en aquella noble empresa: Casiodoro, en el siglo VI; San Isidoro de Sevilla, en el VII, y Beda el Venerable, en el VIII. Ellos fueron los maestros y los precursores de Alcuino, y conviene que los asociemos a los homenajes merecidos por el preceptor del pueblo franco, por cuanto habían preparado de lejos el renacimiento a que éste tuvo la gloria de dar su nombre.

Aquellos hombres eran, sin embargo, algo más que los guardianes silenciosos de la sabiduría pagana: según su pensamiento, el estudio de las letras clásicas no debía ser sino mero instrumento de educación intelectual, y, cuando alguno de ellos, como Desiderio de Viena, se entretenía más de lo conveniente en tal propedéutica, oía una voz llena de autoridad que le recordaba la verdadera misión de la

enseñanza cristiana ¹. Ya no se reconoce en ellos el espíritu antiguo; no son, como en los días de Pericles y de Augusto, los alegres amantes de la forma y del color, que, coronados de rosas y con la sonrisa en los labios, aspiran con embriaguez los aplausos de la muchedumbre encantada de sus talentos. Ahora son obreros humildes y tenaces que, huyendo del placer y de la fama, y consagrándose por entero a su obra, ocultan su vida y su nombre en los cimientos del edificio majestuoso que levantan hacia el cielo. El pensamiento constante que les hace proseguir sus largos y pacientes estudios en la soledad de sus celdas es la gloria de Dios, el triunfo del Evangelio, la salvación de las almas.

Toda la fisonomía de la naciente literatura moderna quedará determinada por esta austera preocupación de instruir y edificar. En el triple dominio de la elocuencia, de la historia y de la poesía, son otros los asuntos que van a apasionar a los espíritus, y otros los acentos que van a hacer oír sus voces inspiradas. Esta transformación radical del pensamiento se reconoce mejor que en nada en las producciones literarias del hombre que parece personificar la oposición entre la civilización cristiana y el genio antiguo. San Gregorio Magno ha dejado en sus homilías morales, en sus conversaciones sobre la vida de San Benito y en sus himnos religiosos, los modelos de los nuevos géneros, como si le hubiese correspondido inaugurar la Edad Media en todos los órdenes. ¡Qué desencanto para el espíritu nutrido con las obras maestras del arte grecorromano, cuando se encuentra con esta humilde literatura de pobres e ignorantes, que habla una lengua tan bárbara, y cuya forma es tan mezquina y tan grosera como la sociedad a que se dirige! Pero, por poco que la inteligencia concuerde con el corazón, comprenderá el nuevo acento de la voz que oye, y se dejará ganar a su vez por los sentimientos que intenta traducir.

La literatura cristiana no tiene más valor que el que le da la inspiración de donde procede y la acción que ejerce sobre la voluntad; desdeña el agrandar a la imaginación, cómplice inconsciente muchas veces de la sensualidad, y va a llamar directamente a la puerta de la conciencia y de la razón. En sus manos se renuevan todos los antiguos géneros literarios. Un lenguaje sencillo, sin galas, desprovisto de armonía y de estilo, pero natural, lleno de unción y de calor, y brotando como fuente viva de lo más profundo del alma, es lo que caracteriza a la elocuencia del predicador. La historia renuncia a la

¹ S. GREG. MAGN., *Epist.*, XI, 54.

ambición de ser la preceptora de los hombres de Estado; no encuentra ya lectores que se entusiasmen con sus grandes discursos políticos y sus principales hechos de armas, y tiene que contar otras narraciones a las nuevas generaciones. Lo que ahora interesa es la epopeya maravillosa cuyos héroes son los santos; son las leyendas sencillas y graciosas en que las luchas sangrientas del foro y del campo de batalla han dejado su puesto a los combates interiores del alma humana y a los triunfos de la caridad. La poesía ha perdido el incómodo lenguaje de los metros variados; renunciando al brillo y al esplendor de las imágenes, se atreve a aparecer bajo la vestidura humilde y estrecha del himno popular; pero, a pesar de la indigencia de la forma y de los tartamudeos del lenguaje, conmoverá mucho más con un solo acento suyo que la musa antigua con todos sus gorjeos.

Enfrentemos los últimos representantes del arte pagano, tan débil de inspiración y tan suntuoso en las formas, con los primeros poetas de la sociedad cristiana; comparemos, por ejemplo, a Venancio Fortunato, eco aún armonioso de los últimos cantores de Ausonia, con el autor del *Pange lingua*: ¡Qué diferencia más sorprendente! En uno, lo vacío de los pensamientos busca en vano ocultarse tras los ropajes siempre majestuosos del lenguaje; en el otro, el encanto indecible de una sincera emoción religiosa se comunica al lector más frío, aun a pesar de la extrañeza de su ritmo bárbaro. Y sin embargo, es el mismo poeta quien canta y la misma voz la que se oye; sólo que antes modulaba aires triviales aprendidos en la escuela clásica y que ya nadie escucha, mientras que ahora exhala el grito patético del alma prosternada ante lo infinito, y, sostenida por atención de sus oyentes, se eleva hasta las alturas de una inspiración sublime.

Pero la Iglesia no se contenta con cantar para sí y para Dios, sino que quiere también que se asocie a la suya la gran voz de las muchedumbres, y llama a las lenguas bárbaras para que entonen, con sus roncacos acentos septentrionales, el eterno cántico que ella repite en la lengua melodiosa de Virgilio. Semejante a su fundador, abre la boca a las naciones mudas, que se desahogan en himnos llenos de armonía. La historia del mundo cuenta con pocos episodios de belleza tan perfecta como la sencilla narración que sigue, recogida en las primeras páginas de los anales de Inglaterra.

Caedmon era un pobre pastor anglosajón, vasallo de aquella célebre abadía de Whitby que desde lo alto de las escarpadas costas de Northumberland miraba las olas tenebrosas del mar del Norte. Había envejecido silencioso e ignorado, y su carrera terrestre estaba a

punto de terminar sin haber llamado la atención de nadie; el estro poético que hervía con acentos tan impetuosos en labios de los hombres de su raza le había sido rehusado por la naturaleza; por eso, en los banquetes, cuando el arpa circulaba de mano en mano, y cada uno de los convidados era invitado sucesivamente a cantar, se levantaba de la mesa al ver que se le acercaba el instrumento sonoro y se volvía triste a su casa. Ahora bien, cierto día en que le había sucedido esto nuevamente, y mientras dormía en su lecho, dentro del establo del ganado cuya custodia le había sido confiada, se le apareció en sueños alguien que le dijo:

“—Caedmon, cántame algo.

—No sé cantar, contestó él, y por eso he abandonado la sala del festín.

—No importa, repuso el otro; es necesario que me cantes algo.

—Y ¿qué quieres que te cante?

—Cántame, continuó el desconocido, el principio de las cosas creadas.”

Y al momento Caedmon, dormido, se puso a entonar, en honor de Dios Creador un himno que nunca había oído, y que una inspiración repentina acababa de poner en sus labios. Cuando se despertó, lo recordó todo, y contó la maravillosa visión al granjero a quien servía.

Se propagó muy pronto el rumor de aquella extraña aventura, y la abadesa Hilda quiso oír a su vez los versos de Caedmon. Rodeada de un cortejo de hombres piadosos y sabios, le hizo repetir el poema que le había sido inspirado, y todos coincidieron en que, evidentemente, había sido objeto de un favor celestial. Entonces, la abadesa le persuadió a que abrazase la vida monástica, lo que hizo con toda la sencillez de su corazón; después, lo decidió ella a exponer en su lengua sajona todo el contenido de la historia sagrada; se le hacía la traducción de viva voz, pues no sabía latín, y él, meditando y rumiando en su interior lo que había oído, lo expresaba en cantos llenos de dulzura que sus maestros escuchaban asombrados.

Así cantó la creación del mundo, y el origen del género humano, los demás acontecimientos relatados en el Génesis y la salida de Israel de la cautividad de Egipto y su entrada en la tierra prometida, con toda la continuación de la historia sagrada. Cantó también la Encarnación, la Pasión, la Resurrección y la Ascensión, así como la venida del Espíritu Santo y la misión de los apóstoles. Cantó además los terrores del juicio final, los encantos del reino de los cielos, los beneficios de Dios y la justicia de sus juicios, y otros cantos

dirigidos a apartar a los hombres del mal y a excitarlos al bien, sin que resonara acento profano alguno en la base de aquel poeta inspirado de Dios, que no quiso otra recompensa que la de haber enseñado a muchas almas el desprecio del mundo y el amor a la vida celestial.

Tan conmovedora historia es también la historia de los orígenes de la literatura moderna. Para que el rudo idioma germánico llegue a la dignidad de lengua literaria y merezca ser fijado por escrito por vez primera, le es necesario un asunto cristiano que lo eleve por encima de él mismo, y un monje para el cual no tengan secreto las musas cristianas¹.

Tal es la acción de la Iglesia sobre el mundo bárbaro en el momento en que, apenas salido de la nada, espera su destino. Es la hora solemne del principio de las cosas; las tinieblas del crepúsculo cubren la escena grandiosa de la historia, pero el Espíritu divino flota sobre el abismo. La materia social, confusa e informe aún, se estremece al sentirse fecundada por el soplo creador; bajo el aspecto caótico y monstruoso que presenta la naciente sociedad se ven dibujarse insensiblemente las formas ricas y vigorosas de una creación que estará llena de orden y de armonía; los valles aún están en sombras, pero las cumbres ya blanquean a lo lejos. Es que la Iglesia, con los pies en el barro y la frente hacia la luz, acaba de lanzar contra las tinieblas el *Fiat lux* de la civilización moderna.

¹ BEDA, *Hist. eccl. Angl.*, IV, 24.